

Less humedeció los labios con la punta de la lengua, ocultando su pánico tras la taza. Charlamos de coches y de metros, pensó..., cuando el viejo podía ser sentenciado a muerte aquel mismo día.

Lamentó haberse levantado. Hubiese sido mejor desper--tarse por la mañana y descubrir que su padre se había ido ya. Deseaba que todo sucediera de aquel modo... "permanentemente". Siempre había deseado despertar una mañana y hallar vacío el dormitorio de su padre..., no ver sus trajes, sus zapatos oscuros, sus ropas de trabajo, sus pañuelos, sus ligas, sus tirantes, sus calcetines, el equipo de afeitar..., todas aquellas mudas pruebas de una vida que había desaparecido.

Pero no ocurriría así. Una vez fracasara Tom en el examen, pasarían unas semanas antes de que se recibiera la cita, y luego otra semana o dos antes de la notificación que fijaba la fecha. Un lento y espantoso proceso de cesión de efectos personales, de comidas y cenas en común, de charlas nerviosas un día y otro día, hasta el viaje en coche hasta el centro gubernamental, y luego el silencioso ascensor hasta...

*¡Santo Dios!*

Less se dió cuenta de que estaba temblando sin remedio, y por un momento temió echarse a llorar.

Luego alzó la cabeza, con gesto de asombro, cuando su padre se puso en pie.

—Tengo que irme —anunció Tom.

Los ojos de Less se fijaron en el reloj de pared.

—No son más que las siete menos cuarto —dijo en tensión—. No necesitas tanto tiempo para ir a...

—Me gusta llegar antes de la hora —replicó Tom con firmeza.

—Pero, por Dios, papá, sólo se tarda una hora en llegar a la ciudad... —insistió Less con un doloroso nudo en el estómago.

Su padre movió la cabeza negativamente, hasta que Less comprendió que no le había oído.

—Es temprano, papá —dijo Less, alzando más la voz temblorosa.

—Aun así —cortó su padre.

—No has comido nada, papá.

—Jamás he desayunado fuerte..., no es bueno para el...

Less no escuchó el resto..., porque las palabras de su padre eran las mismas de siempre, una repetición de las frases que expresaban todos los hábitos de una larga vida, que los desayunos fuertes no eran buenos para el estómago, etc., etc. ¿Cuántas veces le habría oído decir lo mismo? Less sintió de pronto que le invadía el terror, la tentación de abrazar al viejo y decirle que no se preocupara por el examen porque no importaba..., que ellos le querían y que siempre cuidarían de él.

Pero no pudo hacerlo. Permaneció sentado mirando al viejo, abrumado por una sensación de temor que le inmovilizaba. Ni siquiera pudo hablar cuando su padre se volvió en el umbral de la cocina, diciendo con las últimas fuerzas que le quedaban:

—Te veré esta noche, Less.

La puerta se cerró, levantando una ligerísima bocanada de aire que, tras tocar las mejillas de Less, avanzó glacialmente hasta su corazón.

Se puso en pie de un salto con un gruñido de sorpresa y atravesó el pavimento de linóleo de la cocina. Al llegar al umbral, vio que su padre había llegado casi hasta la puerta de la calle.

—¡Papá...!

Tom se detuvo y miró hacia atrás, sorprendido, al mismo tiempo que Less atravesaba el comedor contando mentalmente sus pasos..., uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Se detuvo ante su padre y, con un enorme esfuerzo, esbozó una sonrisa.

—Buena suerte, papá —dijo—. Te... te veré esta noche.

Había estado a punto de decir. "Estaré ansioso por tí..." pero no lo hizo.

Tom asintió con un ligero movimiento de cabeza, sólo una vez, un movimiento cortés como el de un caballero que es presentado a otro.

—Gracias —respondió, volviéndose nuevamente.

Cuando la puerta se cerró, fue como si, de repente, se hubiera convertido en un obstáculo impenetrable que su padre jamás podría franquear.

Less se acercó hasta la ventana y vio cómo el anciano recorría lentamente el sendero, para luego girar a la izquierda en dirección a la acera. Observó cómo penetraba en la calle, alzando el busto, echando hacia atrás los hombros, con paso ligero bajo la luz gris de la mañana.

Al principio Less creyó que estaba lloviendo. Pero luego se dio cuenta de que la brillante humedad que nublaba sus ojos no procedía de la ventana.

No pudo ir a trabajar. Telefonó diciendo que estaba enfermo y no se movió de casa. Terry llevó los niños a la escuela. Luego desayunaron juntos y Less ayudó a Terry a retirar los platos de la mesa y a colocarlos en el fregadero. Terry no hizo el menor comentario al ver que Less permanecía en casa. Fingió que era normal que Less se quedara en casa un día de trabajo.

Less pasó la mañana y las primeras horas de la tarde en el taller del garage, entretenido en siete trabajos distintos, que no tardaba en abandonar.

Alrededor de las cinco Less entró en la cocina para tomar una jarra de cerveza mientras Terry preparaba la cena. No dijo nada a su esposa. Luego comenzó a pasear por la sala, acercándose de vez en cuando hasta la ventana.

—Me pregunto dónde se habrá metido —comentó Less al volver a la cocina.

—Regresará pronto —respondió Terry.

Less frunció el ceño creyendo captar una nota de disgusto en la voz de su mujer. Dio un profundo suspiro y relajó los músculos de su cuerpo, seguro de que la imaginación le estaba jugando una mala pasada.

Cuando se vistió, después de ducharse, eran las cinco y cuarenta minutos. Los niños estaban en casa. Todos tomaron asiento ante la mesa. Less advirtió que Terry había puesto un plato en el lugar que siempre ocupaba Tom, y se preguntó si su esposa no hacía aquello para consolarle.

No pudo comer nada. Se entretuvo cortando la carne en trozos cada vez más pequeños y en mezclar mantequilla con las patatas cocidas, pero no probó un solo bocado.

—¿Qué dices? —preguntó cuando Jim le habló.

—Papá, si el abuelo no pasa el examen, aún le queda un mes, ¿verdad?

Less miró a su hijo mayor mientras los músculos de su estómago se tensaban. "Aún le queda un mes, ¿verdad...?", las últimas palabras de Jim se repetían en su cerebro con mil ecos diferentes.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

—Mi libro de Derecho Cívico dice que los viejos aún disponen de un mes de vida después de suspender el examen, ¿no es así?

—No, ni hablar —terció Tommy—. La abuela de Harry Senker recibió su carta al cabo de dos semanas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jim a su hermano de nueve años—. ¿Viste tú esa carta?

—Ya está bien... —exclamó Less.

—¡No tuve que verla! —gritó Tommy—. Terry me dijo que...

—¡Basta!

Los dos chicos contemplaron el pálido rostro de su padre.

—No tenemos por qué hablar de eso —murmuró Less tras una pausa.

—Pero...

—¡Jimmy! —advirtió Terry con severidad.

El niño miró a su madre y devolvió su atención a la cena. Reinó el silencio.

"La muerte de su abuelo significa muy poco para ellos... —pensó Less amargamente—, no significa nada en absoluto." Tragó saliva e hizo un esfuerzo para relajar la tensión de su cuerpo. "Bien, ¿y por qué había de significar algo para ellos? —se dijo a sí mismo—: aún no les ha llegado el momento de las preocupaciones. ¿Por qué obligarles a que las tengan ahora? Ya llegarán más pronto de lo que suponen."

A las seis y diez minutos se abrió la puerta principal, para luego cerrarse. Less se puso en pie con tal precipitación que volcó un vaso vacío.

—Less..., ¡por favor! —exclamó Terry.

Comprendió al instante que la mujer tenía razón. A su padre no le habría gustado nada verle salir corriendo de la cocina para hacerle preguntas.

Se dejó caer de nuevo en la silla, con la mirada fija en la cena que apenas había tocado, mientras su corazón latía apresuradamente. Al tomar de nuevo el tenedor con dedos crispados, oyó cómo el anciano cruzaba el comedor y subía las escaleras. Miró a Terry, que tragó saliva.

Less no pudo comer ni un solo bocado. Permaneció sentado respirando pesadamente. Oyó cómo en el piso de arriba se cerraba la puerta de la habitación de su padre.

Cuando Terry puso un pastel sobre la mesa, Less salió con una excusa.

Se hallaba ya al pie de las escaleras cuando se abrió la puerta de la cocina.

—Less. —oyó decir a su esposa con tono imperativo.

Guardó silencio hasta que Terry se aproximó a él.

—¿No es mejor que lo dejemos solo? —preguntó la mujer.

—Pero, cariño, yo...

—Less, si hubiese aprobado el examen habría entrado en la cocina para decirnoslo.

—Cariño, papá no puede saber si...

—Lo sabría muy bien de haber aprobado. Así fue las dos últimas veces, ¿no te acuerdas? Si hubiese aprobado...

La voz de Terry se quebró y la mujer tembló ligeramente al ver la forma en que su marido la miraba. En el opresivo silencio resonó la lluvia contra los cristales de las ventanas.

Los dos se miraron durante un largo instante. Luego Less dijo:

—Voy arriba...

—Less... —murmuró Terry.

—No diré nada que pueda molestarle..., procuraré...

Una vez más se miraron en silencio. Luego Less se volvió y comenzó a subir los escalones. Terry le dejó ir. En las facciones de la mujer se reflejaba una expresión vacía, de absoluta desesperanza.

Less se quedó inmóvil durante un minuto ante la puerta cerrada, armándose de valor. "No le molestaré —se dijo a sí mismo—. No, no le molestaré."

Llamó suavemente, preguntándose en aquella fracción de segundo si estaría cometiendo o no una equivocación. Quizá hubiese sido mejor dejar solo al anciano, pensó con amargura.

Escuchó un movimiento en la cama, seguido del sonido ahogado de los pies de su padre que tocaban el suelo.

Less contuvo la respiración.

—Soy yo, papá —dijo.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Puedo verte?

Hubo un silencio prolongado.

—Bueno... —murmuró el anciano.

Oyó cómo su padre se levantaba, sus pasos que se acercaban. Después notó un rumor de papeles y el golpe seco de un cajón al cerrarse.

La puerta se abrió al fin.

Tom vestía su vieja bata roja. Se había descalzado y puesto las zapatillas de casa.

—¿Puedo entrar, papá? —preguntó Less.

Tras un instante de duda, respondió:

—Entra.

Pero no era una auténtica invitación. Era como si hubiese dicho: "Esta es tu casa..., no puedo impedir que entres aquí".

Less estuvo a punto de retirarse, pero no pudo hacerlo. Entró en el cuarto y permaneció inmóvil en el centro, esperando.

—Siéntate —dijo Tom.

Less obedeció y tomó asiento en la silla de recto respaldo sobre la que Tom colgaba sus ropas al acostarse. Su padre esperó a que se sentara para dejarse caer sobre el lecho con un gruñido ininteligible.

Durante largo tiempo se miraron mutuamente, sin hablar, como dos extraños que esperasen a que uno de ellos iniciara la conversación. ¿Cómo había ido el examen? Less escuchó las palabras que se repetían en su mente. ¿Cómo había ido el examen? Pero no podía pronunciarlas. ¿Cómo había ido el...?

—Sí —replicó Less—. Yo...

Se detuvo y volvió a repetir:

—Sí.

El anciano clavó los ojos en el suelo durante un momento. Luego alzó la cabeza de pronto y miró a su hijo con aire de reto.

—No me presenté —dijo.

Less tuvo la impresión de que le abandonaban las fuerzas. Continuó inmóvil en la silla, mirando a su padre.

—No tenía intención de presentarme —explicó el viejo apresuradamente—. No me agradaba lo más mínimo pasar por todas esas pruebas estúpidas. Reconocimiento físico, mental, cuadros, dibujos en un encerado... ¡Sabe Dios que más! No, no tenía la menor intención de presentarme.

El anciano se detuvo y miró a su hijo con ojos en los que reflejaba la cólera, como desafiando a Less a que le dijese que había cometido una equivocación.

Pero Less no pudo decir nada.

Pasaron unos minutos. Less tragó saliva hasta que logró articular unas palabras.

—¿Qué... piensas hacer? —preguntó.

—Eso no importa..., no tiene ninguna importancia —respondió el padre, como si agradeciese aquellas palabras—. No te preocupes por tu padre. Sé cuidar de mí mismo.

Y, de repente, Less oyó cómo el cajón de la mesita se cerraba nuevamente, luego el rumor de una bolsa de papel. Sintió la tentación de mirar hacia la mesita y comprobar si la bolsa de papel continuaba allí. Al cabo de unos segundos sintió que el cuello le dolía por el esfuerzo de no mirar hacia atrás.

—Bien..., bien... —murmuró.

—Eso ahora ya no tiene importancia —repitió Tom, con tono casi suave—. No es problema del que tengas que preocuparte. No..., no es tu problema.

"¡Sí que lo es!" Less oyó aquellas palabras que gritaba su mente. Pero no surgieron de su garganta. Había algo en el anciano que le detenía. Una especie de fuerza inexplicable, una tremenda dignidad que él no debía herir.

—Ahora me gustaría descansar —oyó decir a Tom.

Ante las palabras del anciano, Less tuvo la impresión de que alguien le había golpeado violentamente en el estómago. Me gustaría descansar..., me gustaría descansar... Aquellas palabras se repitieron en su mente al mismo tiempo que se ponía en pie. Descansar..., descansar...

Se encontró súbitamente en el umbral desde donde se volvió para mirar a su padre. "Adiós". Pero la despedida tampoco la pronunciaron sus labios.

Su padre sonrió entonces y dijo:

—Buenas noches, Less.

—Papá...

Sintió la mano del anciano que tomaba la suya. Era una mano fuerte, firme, segura, que parecía consolarle. Luego sintió también aquella misma mano que se apoyaba en uno de sus hombros.

—Buenas noches, hijo —murmuró Tom.

En aquel instante se hallaban los dos muy cerca uno del otro. Less vio, por encima del hombro del anciano, la arrugada bolsa de la farmacia en un rincón del cuarto, como si hubiese sido arrojada allí para que nadie la viese.

Segundos más tarde, Less se hallaba inmóvil en el vestíbulo, abrumado por el terror, al oír correrse el cerrojo de la habitación. Comprendió que aun cuando su padre no cerrara la habitación, nunca se atrevería a entrar allí de nuevo.

Durante largo tiempo estuvo contemplando la cerrada puerta, temblando sin poder evitarlo. Luego se volvió.

Terry le estaba esperando al pie de las escaleras, con el rostro muy pálido. Al llegar Less junto a ella, comprendió su muda pregunta.

No..., no se presentó —fue todo cuanto dijo.

Terry movió los labios para emitir un ininteligible sonido.

—Pero... —murmuró.

—Estuvo en la farmacia —añadió Less—. Yo... he visto la bolsa en un rincón de su cuarto. Papá la arrojó allí para que yo no la viese, pero...la vi.

Durante un instante pareció que Terry trataba de lanzar se escaleras arriba, pero no fue más que un movimiento instintivo.

—Debió enseñar al farmacéutico la carta sobre el examen —murmuró Less—. Y... le dieron... las tabletas. Como lo hacen todos.

Permanecieron en pie, silenciosamente, en el comedor, mientras la lluvia azotaba los cristales de las ventanas.

—¿Qué haremos? —preguntó Terry con voz casi inaudible.

—Nada —respondió Less.

Tragó saliva y repitió casi sin darse cuenta:

—Nada...

Caminó de modo mecánico hacia la cocina y sintió como un brazo de Terry le ceñía desesperadamente por la cintura, hablándole de un profundo amor que en aquel momento no podía expresar con palabras.

Durante el resto de la tarde estuvieron sentados en la cocina. Después de acostar a los niños Terry regresó a la cocina para tomar un poco de café y charlar con Less en voz baja.

Hacia medianoche abandonaron la cocina. Pero antes de subir la escalera, Less se detuvo ante la mesa del comedor y encontró allí su reloj con un nuevo cristal. Ni siquiera se atrevió a tocarlo.

Subieron y pasaron por delante de la puerta de Tom. En el interior de la habitación no se oía el menor ruido. Después se desnudaron y se metieron en cama. Terry colocó el despertador como solía hacerlo todas las noches y al cabo de un par de horas pudieron conciliar el sueño.

Durante toda la noche reinó el silencio en la habitación del anciano. Y al día siguiente continuó reinando el mismo silencio.